

# SOLTEROS Y FELICES

Colección  
«Familia y persona»

Anselm Grün

# SOLTEROS Y FELICES

El celibato, una vida en plenitud



Ciudad Nueva

Título original:  
*Ebelos des Lebens wegen*  
© 2003, Vier-Türme-Verlag  
97359 Münsterschwarzach (Alemania)

Traducción: *Nieves Vázquez Núñez*  
Revisión: *Aurelio Cerviño, Ana Hidalgo*  
Maquetación y diseño de cubierta: *Antonio Santos*

© 2013, Editorial Ciudad Nueva  
José Picón, 28 - 28028 Madrid  
[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-277-8  
Depósito legal: M-13.486-2013

Impreso en España - Printed in Spain  
Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

## Introducción

Hoy en día el celibato sacerdotal es un tema que se debate con frecuencia. Personalmente, opino que es perfectamente concebible que los sacerdotes seculares puedan ser tanto solteros como casados, pero en este libro lo que quisiera abordar ante todo es la posibilidad de vivir el celibato de forma plena. Por supuesto, tengo en cuenta sobre todo a los que somos religiosos –hombres o mujeres– pero también de manera general la situación de los sacerdotes seculares de todo el mundo. Y también, cómo no, la situación de muchos hombres y mujeres solteros.

Entré en contacto con esta realidad cuando me invitaron a hablar sobre los solteros a las comunidades pietistas, surgidas en el ámbito luterano.

Al principio pensaba que el celibato de los religiosos, por ejemplo, era una cosa muy diferente de la de los solteros. Pero precisamente al hablar con algunas personas solteras me di cuenta de que las diferencias no eran tan grandes. Muchas personas, en el momento de entrar en una congregación, no reflexionan realmente sobre lo que significa el celibato activo. Así que, a lo largo de su vida, deben renovar continuamente la op-

ción que han hecho. El caso de los solteros es parecido: por diversas razones se han quedado solos, de modo que, en un momento dado, tienen que reflexionar y plantearse el futuro de su vida sin pareja, si aceptan su soltería como una opción o si en realidad están deseando casarse. En cualquiera de los dos casos es necesario encontrar una motivación para vivir el celibato de manera fecunda, ya sea para con uno mismo como para con los demás.

Hace ya tiempo, dos jóvenes frailes de mi congregación asistieron a un curso sobre los consejos evangélicos. Desde la Edad Media se consideran como consejos evangélicos los votos de pobreza, castidad y obediencia. En ese curso hubo numerosas intervenciones sobre los tres votos, incluido el de la castidad. Pero estos dos hermanos no querían oír teorías; más bien querían saber cuál era la actitud práctica de esas personas ante el celibato y cómo vivían de manera concreta su sexualidad. Lamentablemente, los conferenciantes no arrojaron ningún tipo de luz sobre este tema en particular, y estos dos frailes regresaron del curso francamente decepcionados. A pesar de que ya existe una buena bibliografía sobre los consejos evangélicos, me propuse escribir algo sobre el celibato teniendo en cuenta esta experiencia de mis hermanos de congregación.

Después del Concilio Vaticano II se puso de moda precisamente hablar de los consejos evangélicos. Entre ellos, sobre todo el celibato era considerado un signo

escatológico de la venida del Reino de Dios. A raíz de una discusión en el convento sobre los consejos evangélicos, un hermano dijo que no le apetecía para nada que lo considerasen una «mera “señal de tráfico” escatológica». El celibato debe tener un sentido y un valor en sí mismo. Y no puede ser solamente un signo. Nadie podría vivir sólo como signo. Cada uno debe poder existir con un sentido, un significado en sí mismo. Por esa razón queremos con este pequeño libro preguntarnos qué significa en realidad el celibato.

Hay una serie de propuestas antropológicas sobre este tema que nos ayudan a entender los consejos evangélicos como una posibilidad de desarrollo humano. El psicoanalista Schultz-Hencke ve en los consejos evangélicos la realización fundamental de todo ser humano, pues le permiten tratar de modo concreto sus impulsos<sup>1</sup>. Los consejos evangélicos intentan cultivar y sublimar los impulsos básicos de la persona.

<sup>1</sup> Cf. H. SCHULTZ-HENCKE, *La persona inhibida*, Razón y fe, Madrid 1971. «Pobreza, castidad y obediencia –como gran exigencia y deber– no han sido enumerados en este orden por casualidad y sin ningún sentido, sino que han sido elevadas a precepto bajo esta forma precisamente porque estos tres ámbitos de la aspiración humana (dentro de las múltiples aspiraciones sin más) están marcados por ciertos aspectos comunes. Se trata de esas necesidades acuciantes en las que el hombre extravía fácilmente el corazón y a las que es propenso a entregarse instintivamente en detrimento de sus semejantes y, más aún, en detrimento de sí mismo» (pp. 39-40, ed. alemana). Se refiere al afán de poseer, al deseo de llamar la atención y al apetito sexual.

En 1984, el profesor de teología moral Bern Fraling desarrolló un enfoque distinto tomando como referencia el planteamiento del teólogo Eugen Drewermann. Fraling ve en los consejos evangélicos una respuesta de la fe a los miedos fundamentales y ancestrales del ser humano.

– Normalmente, cuando el ser humano siente miedo debido a influencias externas, responde aferrándose con fuerza a sí mismo. La *obediencia*, partiendo de la fe en Dios, que quiere para mí una vida plena, supone una posibilidad de liberarse de un falso atrincheramiento en el yo.

– Ante el miedo a pasar hambre, el ser humano responde protegiendo sus bienes materiales. Con el voto de *pobreza* el hombre rompe con esa protección para poner su confianza en Dios. Y de esta manera su relación con los bienes materiales cambia para adquirir su justa medida.

– Ante el miedo que produce la inestabilidad, el ser humano responde con el vínculo, formando una familia en la que se siente protegido y comprometido. Lamentablemente, es fácil que una relación peligre y se deteriore si sólo se basa en eso. El *celibato* nos muestra que las relaciones humanas fructifican sólo si ponemos nuestra confianza en el amor de Dios. Así éste se manifiesta como la respuesta de la fe frente al miedo a la fugacidad de la existencia.



Estos análisis resultan de gran ayuda para entender los consejos evangélicos no sólo como signo, sino más bien como posibilidad de un pleno desarrollo personal del ser humano.

Pero yo quisiera considerar el celibato en el marco de un modelo distinto. Para mí los tres votos –pobreza, castidad y obediencia– representan tres fases en el desarrollo humano, que son: aceptar, liberarse y acoger. Estos tres pasos son imprescindibles para alcanzar un desarrollo personal satisfactorio. Se pueden practicar en la meditación, al observar la respiración, al celebrar la eucaristía o también durante una psicoterapia. Obediencia, pobreza y castidad son la práctica de esos tres pasos a lo largo de toda la vida.

– La *obediencia* significa aceptarme a mí mismo con mis virtudes y debilidades, aceptar mi existencia como un «estar con» otros y aceptar la voluntad de Dios tal como la puedo reconocer prestando atención a mi intuición, a mi cuerpo, a los sueños, pensamientos y sentimientos; a las personas que me representan, prestando atención a un superior que puede dificultar la atención que dedico a mis sentimientos; y prestando atención a la palabra de Dios en las Sagradas Escrituras.

Sólo escuchando a Dios puedo reencontrar mi verdadero ser. Sin embargo, en muchas ocasiones prestamos atención a voces extrañas y nos dejamos manipular por ellas. La obediencia a Dios nos libera del dominio

de esas voces. La obediencia monástica se distingue precisamente porque yo me espero que Dios pueda interpelarme sobre todo a través del superior, aunque nunca debo confundir la palabra del superior con la de Dios, sino que debo escuchar con escrupulosa atención lo que Dios me quiere decir a través del superior. La obediencia al superior es sólo una forma concreta de obediencia a la comunidad y de obediencia a Dios.

– La *pobreza* consiste en dejar, en abandonar los bienes materiales, la seguridad material y la predisposición a poseer bienes de manera desordenada. Pero no se debería hablar de pobreza levantando el dedo acusador como un moralista. No se trata, en primer lugar, de ver si vivimos de manera suficientemente humilde o si hacemos algo por los pobres, sino más bien de compartir nuestra vida con ellos. Deberíamos hablar de la pobreza de una manera objetiva.

Se puede comparar y cuantificar el nivel de vida de una población gracias a las estadísticas de los distintos grupos sociales. Así es fácil saber, a partir de ellas, a qué grupo social pertenecemos. Y muy a menudo descubriremos que la pobreza en los conventos está más garantizada que en muchas familias. El renunciar a los bienes materiales nos hace capaces de vivir en comunidad. El ver si estoy dispuesto a compartir todo mi dinero y todas mis cosas con mis hermanos es un banco de pruebas muy concreto que me dirá hasta qué